

Notre Dame de la Alegría

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: ilustración © Maruja Mallo, *La verbena* (1927), detalle

© Herederos de Maruja Mallo, cesión gestionada a través de VEGAP / Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ana Rodríguez Fischer, 2025

La edición de este libro se ha negociado a través de

The Foreign Office Agència Literària, S. L.

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-17-1

Depósito legal: M-22.238-2024

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Ana Rodríguez Fischer

NOTRE DAME
DE LA ALEGRÍA

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Espiral	13
Galerías de cristales	27
El rosado monte	43
Espacio en gris	63
Hipertróficos pintores hiperestesiados e hipnotizados	87
Ascensión al subsuelo	119
Luz natural	143
Alameda de la muerte	173
Por o mar, doida	195
Con una hoja de otoño estampada en el sombrero de colores	215
Laripse	235
<i>Nota a esta edición</i>	243

Para Martin

*Y a la memoria de Ana María Moix,
que conoció los primeros esbozos de esta novela
y la defendió con entusiasmo*

El sueño es un depósito de objetos extraviados.

RAMÓN

Espiral

Mira formas concretas que buscan su vacío.

FEDERICO GARCÍA LORCA

He perdido casi por completo la noción del tiempo. ¿Es enero y una vez más empezamos el año o vamos camino de acabar el viejo? Ni siquiera sé qué día es hoy. ¿Jueves o lunes? ¿23 o 31? Ya no soy capaz de echar la cuenta. Y peor aún: tampoco me ayudarían unas simples rayas marcadas en la pared, como las que arañan los presos en sus celdas. Aunque fueran unas rayas torcidas o unos simples palotes. Mis manos no obedecen. Caen desplomadas junto a mi cuerpo, rígidas y mudas. Fueron alas que en giros de vértigo sobrevolaban el papel, los lienzos y la piedra, aprehéndolo todo hasta convertirlo en arte. Fueron pájaro y ángel. Luz y alegría. ¡Crearon Belleza!

Ahora solo los ojos están libres. Mis ojos de azabache y carbón. Mira formas concretas que buscan su vacío, escribió Federico en Nueva York, expresando así su anhelo de hallar el sentido de la extrañeza que tanto le perturbaba y a la vez le fascinaba. Eso mismo debería hacer yo aquí, en este espacio que no es de mi mundo pero que ya forma parte de mí. O al revés. Soy yo la que le pertenece por completo a este cuarto, a esta clínica donde ingresé atacada

de un coma diabético que a punto estuvo de llevarme por delante. Luego, al poco, una caída tonta y fractura de cadera. Después, la inmovilidad total.

Desde entonces, una sola perspectiva, siempre idéntica. El único pasatiempo es combinar los ángulos y sus huecos, alterar el orden de los planos por donde los ojos van a pasear. Hoy empiezo por encima, en el techo. Placas blancas de yeso. Fluorescentes. No luz: solo tubos que contienen una pequeña cantidad de vapor de mercurio y un gas inerte con dos filamentos de tungsteno en cada lado. A la derecha, la ventana alargada vestida con el aluminio de una persiana de lamas grises, casi siempre plegadas. A la izquierda, la puerta. En medio, la cama de ruedas: cuatro planos regulables, con su manivela y una barandilla para que *el bulto* no vuelva a caerse, aunque ahora está amarrado con una especie de cinturón. A un lado, el gotero: tubos finos como cables, transparencia, monotonía de gotas que caen lentas. Al otro, la mesita: el vaso de agua sigue intacto, junto a las píldoras y las cápsulas y las pastillas. Y los dos portarretratos. En la pared del fondo, el televisor; en la otra, el cartel de mi última exposición en Madrid y muchas postales que reproducen cuadros de pintores amados: la vida en technicolor. Pluralidad de objetos extraviados en el vacío de un espacio donde no habita nada. Si acaso, caprichoso, el olvido. Es la mudez de lo inerte, un silencio que solo se interrumpe por algún descuido, cuando la puerta se queda abierta y me llega el runrún de afuera: el afanoso trajín del personal sanitario mezclado a las preguntas e instrucciones que se intercambian entre sí médicos y enfermeras, medias frases y palabras sueltas desgajadas de

la cháchara que mantienen los pacientes que recorren los pasillos lentamente una y otra vez como si todo estuviera en movimiento, aunque en realidad no es así. Por las tardes, el paso apresurado y la respiración jadeante de los que acuden a estar un rato con sus seres queridos. Como mi hermano Emilio, que me visita puntualmente cada semana, sin fallar ni una sola. Con él retorna el ayer: imágenes fugaces de un pasado que brillan en la neblina tramposa y fantasmal de la memoria.

Sé que no es tiempo de jugar. Sé que ya no hay escape ni salida ni redención posible en la desconformación de las formas que nos llevaba a crear *lo nuevo*. Pero soy artista. ¡Sigo siendo la gran Maruja Mallo! ¡*Marúnica!* Así prefiero que me llamen, porque para eso trabajé duramente: para *ser* una de las aventuras más fascinantes del arte español contemporáneo, forjando una obra de excepcional magnetismo, hija de un rigor tan implacable como de una imaginación desbordante, y que deslumbró desde el mismísimo momento de su aparición. Nada más asomar a la palestra, todos se apresuraron a bautizarme: la brujita joven, me llamó Ramón, porque yo era entonces una señorita alegre que venía de provincias, de Galicia, donde abundaban las meigas. Pero en el fondo, me sentía más cercana a las sibilas, proféticas y seductoras... Yo, mitad ángel, mitad marisco..., como me decía Dalí. Aquí no todos se han dado cuenta de quién soy porque en los papeles de la clínica, y en esta pulsera de plástico que llevo en la muñeca derecha, figura mi verdadero nombre: Ana María Gómez González. Además, con el transcurso del tiempo, las enfermeras y cuidadoras han ido cambiando. En realidad, nunca son las mismas.

Cambian por la mañana y por la noche y durante los fines de semana. Pero algunas saben que soy Maruja Mallo. Saben que incluso estando aquí postrada siento el deseo de imponer el bullicio del color y la claridad de la línea en este espacio domesticado y vulgar, esperando, casi con la misma ingenuidad de entonces, hallar la arista desde donde sorprender el secreto apresado en la conformación aparente. Como cuando de niños nos adentrábamos en la espesura del monte y apartábamos todo cuanto nos impedía ver: sacudíamos los árboles aguardando expectantes la lluvia de hojas y frutos; excavábamos en las topineras y el fango hasta apresar algo, cualquier huella de vida; con la contera del paraguas arrancábamos las piedras y guijarros incrustados en la tierra del camino para descubrir los diminutos misterios del subsuelo. ¿Dónde encontrar ahora los pedazos de hielo arrancados a las charcas de los caminos, aquellas cristalizaciones de tierra y agua? Mágicas, sí, por su color de ámbar. Tardé años en averiguar el porqué. Sucedió en Nueva York. Buscaba algo especial para regalarle a una amiga, pero disponía de escasos medios. Así que entré en un lugar más bien modesto. El dependiente —un estudiante de la Columbia, creo—, ya un tanto desesperado o escéptico, me encaminó a un rincón apartado y oscuro de la tienda y me mostró una cajita mínima, desbordante de luz. *May be an ambar*, se aventuró a sugerir. El tono de su voz me obligó a rechazarlo de inmediato, pero, atraída por su vacilación, y por todo aquel ambiente tan fluvial —yo me sentía como eligiendo un anzuelo para pescar, los hay sumamente fascinantes aun a pesar de ser puro plástico—, me acerqué. Y en la oscuridad inmensa del local —hay que llamarlo así

aunque suene paradójico, porque en realidad el sitio era pequeño, pero reinaba en él la soledad y el abandono, que lo magnifican todo— vi aquella piedrecilla. El ámbar enseñoreándose del espacio y de mí. Recordé los versos: *Y el ámbar perfumea*. Y entonces sí entendí. Vi la magia del ámbar: misteriosas gotas de luz del color de la miel. Como lágrimas. Y supe que antes de entenderla ya la había aceptado y vivido. Había sentido el ámbar en sus milimétricas irisaciones, tan tenues, tan quebradizas. Había adivinado el sutil dibujo de sus miembros, de sus líneas cristalizadas en la trémula figura de la vida apresada en la piedra. Eso me conturbaba: la piedra apresando la vida. Y por eso raspaba y raspaba en las rocas. Y me hundía en las arenas del mar.

Basta de juegos. Estás a punto de surcar las aguas de un mar sin orillas. Estás aquí insomne, inmóvil, mientras aguardas la muerte, vigilante.

Lo sé. Pero quiero regresar a la alegría de entonces, volver a ser *¡Notre Dame de la Aleluya!*, como me decían mis amigos. Aunque solo sea por una última vez. Porque, salvo excepciones, no hubo un solo día de mi vida que no me trajera un soplo de felicidad. Y quiero que también ahora me acompañe su fulgor: que corran los ojos, los ojos solos, a celebrar la vida, ya que mis pies están anclados; que vuelle el alma hacia el misterio, pues mi cuerpo está apresado en la rigidez de la noche. La noche, la noche, siempre la misma. Cierro los párpados, pero no puedo dormir. Mis ojos navegan hacia el fondo. Es como si ya no pudieras dejar de estar así: postrada y muda. Ni siquiera te salvan las

diecisiete píldoras diarias. No lo olvides, ¡diecisiete! Están ahí, sobre la mesilla, en esa cajita de plástico roja con tapa transparente cuyas celdillas rellenan cada mañana. ¡Qué tentación! ¡Qué ganas de zampárselas todas de golpe como haría una niña golosa! ¡Qué alivio apurarlas lentamente a modo del suicida, sabiendo que después ya no habrá nada más! Pero tú no eres de esa clase, tú no. Viviste un suicidio y te bastó para entender por qué la mujer es el ser que más sombra o más luz puede proyectar en los sueños del hombre. El suicidio de Mauricio Roësset fue el extravío ciego de quien se entrega a la muerte sin pensarla. Fue un suicidio nocturno: la súbita invasión de la sombra. Y nada más. Y si fue así, por qué preguntarse. Se vive y se muere. Nada más. Tú viviste un suicidio y sabes de la muerte a deshoras de tantos queridísimos amigos. Mejor no revivir nada, no remover sus sombras porque ellos, *arropados de amor y de pena, están muriéndose en nosotros para siempre*. Por eso ingieres metódicamente tus pastillas. Por eso, disciplinada, las tomas de una en una con sumo cuidado, respetando escrupulosamente las instrucciones de los facultativos, para no confundirte. Primero las dos pastillas minúsculas de color crema, después un comprimido incoloro pero amargo, luego las cápsulas de combinaciones atrevidas, calcio, diuréticos, sodio y potasio, analgésicos, protectores de mucosas gástricas y, por fin, las grajeas azucaradas y brillantes. Sabes que no son intercambiables, como las habas y alubias con que jugabais de niños en las oscuras noches de invierno: verdes, amarillas, negras, rojas, gigantes, pequeñas, medianas, tardías, pintas... Tampoco son coleccionables, como los botones del excéntrico Jacques Rigaut,

que se lanzaba sobre los transeúntes que se encontraba al paso para robárselos, arrancando con furia los botones de gabanes y abrigos, gabardinas, americanas y chaquetas y vestidos y pantalones... No era una leyenda urbana ni una invención de un humorista *noir*, pese a los disparatados delirios que aureolaban su nombre y que lo llevaron a un prematuro y trágico final: cuando llegué a París en 1932, el recuerdo e incluso la presencia de Rigaut seguían vivos entre sus amigos más cercanos, los del grupo Littérature y los de la revista *La Révolution Surréaliste*.

Qué tentación desviarse y saltar ya hasta aquellos años locos, ¿verdad? Pero seguimos aquí, tragando las píldoras. No lo olvides. No las olvides nunca porque forman parte de tu vida. Ya para siempre tu vida encerrada en un círculo, tu destino apresado en el hechizo de un trazo. No te lo ocultes. Ya no hay verbenas ni fiestas. Ya no es posible la irreverencia ni la gracia. No te perturben los ruidos ni el ajeteo del va y viene por esos corredores. Inútil decorar con purpurinas y acebo la atonía del gris. Detestable ese empeño por celebrar el tiempo. Lo enjaulan y encasillan, lo reducen a aritmética elemental y después, supersticiosamente, una vez al año, le rinden pleitesía y aplauden y cantan su transcurrir. Mañana vendrán y arrancarán esa hoja muerta, la única que queda del viejo calendario. Y colgarán, entre el cartel y las postales, uno nuevo, sin estrenar.

Tantas veces preguntándome qué sería un morir en vida sin jamás sospechar que pudiera ser esto, que pudiera estar aquí, en mí. En esta laxitud de un cuerpo cercado por múltiples objetos anodinos, en este brutal abandono de la voluntad, en la huida del deseo. Habría que volver a apren-

der a conjugar algunos verbos. No solo los irregulares, los básicos también: yo soy, yo puedo, yo quiero. Habría que volver a aprender a conjugar los tiempos de los verbos: yo pensaba, estuve, querría, habría podido, fui, hubiera ido, sabré. Eso quisiera, saber. Saber los tiempos: qué norma pautarán, qué lenguaje. Saber si mañana lloverá o no, si subirán o bajarán las temperaturas, si habrá nieblas matinales o una borrasca anticiclónica amenazando por Galicia, si soplarán los vientos flojos o moderados, si será lunes o jueves, laborable o festivo, si habrá que adelantar o atrasar la hora, si empezaremos un nuevo año o remataremos el viejo, si será 1994 o 1995, la Purísima o la Ascensión, la Ascensión o la Constitución, la Nochebuena o el Día de Reyes.

—¿Cómo dice? No la entiendo, reina mía. Hable un poco más alto, cielo. No se preocupe. Seguro que es solo una pesadilla. Enseguida pasará. Ya verá como sí. Se lo aseguro yo, tesoro. Hágame caso y pórtese bien, chiquilla. No me sea mala. Ande, cálmese. ¿No ve que sigo aquí? ¡Cál-me-se, cál-me-se! ¡Haga el favor! Así me gusta. Eso es, muy bien. Vamos a ver cómo está todo esto. Humm... hummm... Hay que darse la vuelta un momentín, cariño. ¡Sin protestar! Tranquila, tranquila, así... Ya casi estamos. ¡Hala, a dormir!

Sí, aléjate, que yo pienso volver a perderme. En este cuarto, con mis pastillas de colores, flotando en un mar de imágenes que coleccionaré en un álbum. Será un libro de recuerdos, con algunas hojas nítidas y exactas, pero también con otras oscuras y borrosas. Y hasta pudiera ser que tenga hojas en blanco: saltos y vacíos, olvidos, silencios. Porque

las imágenes llegan al azar, sin obedecer más ley que la del capricho. A veces acuden tumultuosas, en bandadas, y se mezclan y enredan entre sí, confundíendome. Aturdiéndome, incluso. Será todavía un residuo fruto de la libre asociación, del automatismo psíquico al que me entregué y abandoné aquellos años. Se solapan los tiempos, se yuxtaponen objetos, espacios y figuras, simultanean realidad y ensueño: visiones, fantasías. Otras veces las imágenes aparecen dentro de círculos huecos. ¿Será la Nada? ¡Alguna vez la abrazaste! No con ánimo de asirla y dejarte vivir en ella, sino para entender por qué algunos se entregaron irresistiblemente a ella, sabiendo que sucumbirían. Te acercarías a descifrar su clima nauseabundo y a la vez fascinante, preñado de falsas promesas. Con una seducción más propia de la embriaguez y el aliento del hastío, que de la saciedad y el gozo.

La Nada, la Nada. Hacia ella vas, ya sin juegos ni demoras, como en el mar. Os hacíais los muertos y atisbabais algo de aquella plenitud: el cuerpo flotando, zarandeado suavemente por olas que parecían querer acariciarlo como el aliento antes de los besos, el silencio sordo de las aguas, los ojos cegados por el sol o cerrados a la niebla, a veces el dulzor de la lluvia enjuagando el salitre, las rocas a los lados, los prados al fondo. En ti, el mar. ¡Despierta, despierta! ¡Retorna, nadadora sumergida! Bracea fuerte y regresa a la orilla. Extiéndete sobre la arena como ante un lienzo. No te adornes con algas ni conchas, que ya no hay islas de Pascua ni Pascua de Resurrección. No sonrías, por favor. No borres tus huellas al pasar. Extiende tu vida sobre este lienzo

blanco y mírate en él. Ahí yaces tú, ya sin máscaras ni afeites ni collares. Sin corazones traspasados por una flecha de amor. Afuera, en el corredor angosto, el lento arrastrarse de quienes pretenden burlar su presente agónico; aquí, en tu cuarto, un recordar sin tregua. Incesante y exigente, sí, pero lleno de vida. ¡Plenitud! ¡Exaltación! Pero si mi vida ya huyó apresuradamente. ¿Y qué quieres? Es así. No hay más vueltas que darle. Escoge entre la queja y el lamento o la canción y la risa. ¡No te asustes! No habrá sorpresas. Solo la memoria febril, arrebatada..., como no podía ser de otro modo tratándose de ti, una mujer entrañable y frágil que de repente conoció el estupor y aulló como una loba herida. ¡Ah, aquellos lobos en lo alto de los bosques, sus ojos fulgurantes acechando en las noches sin luna! Recuerda cuando subías camino del rosado monte. Ibas llena de espanto, el grito ahogado en la garganta porque sabías que cuanto más tiempo pasase más densa sería la oscuridad. Y de nada servían las historias que os contabais tu hermano y tú para intentar olvidar el final de aquella cuesta negra, hasta donde bajaban los lobos y los zorros, según os habían asegurado, para meteros miedo, porque es bueno que los niños lo conozcan y sepan qué se siente cuando aparece el miedo. Teníais que subir aquella cuesta negra algún atardecer, cuando os encargaban recoger la leche. Ya no fantaseabais. Ibais mudos, amparados en la última luz del día, que es la hora en que las alimañas salen de sus cuevas. Os apretabais uno contra otro y los cántaros de aluminio vacíos chocaban entre sí: su tintineo, un conjuro.

¿Quién habría de decirte que de mayor aullarías furiosa como una loba herida? Porque sí, hubo hermosura y gra-

cias derramadas en tus cuadros y dibujos, hubo bullicio y luz, fantasías y ensueños, irreverencia, juegos, verbenas, amor. Pero después llegó el quebranto, la ira, la pena, la crueldad, el desengaño, el horror. Hubo negación. ¿Andabais en pos de qué? De la noche. De la Nada. Jugabais al alba rociados de lluvias y silencios, buscando abandonadas muñequitas de cristal. Encontraste una, y no bastó para retener un amor que nacía extraviado. Enajenada erraste entre cenizas de otras horas cayendo en celada tras celada. Después, ya casi al final, tuviste fuerzas para dar vida a unas criaturas semimágicas, ¡tan gráciles, tan leves son! ¡Y deslumbrantes como el deseo al emprender su vuelo! *Moradores del vacío*. ¿Por qué los llamaste así: *Almotrón*, *Andinave*, *Agol*, *Airagú*? ¿Qué secreto encerraste en ellos? Muchos llevan la A de tu verdadero nombre, Ana María. Todos apuntan a un principio, pero en realidad señalan la muerte del amor.

¿Y qué? ¿Y qué más da ya? ¿Hasta cuándo la amenaza de un ayer perdido? ¿A dónde ir que no haya un espejo acosándome de frente? ¿Por qué la memoria tiene sus caprichos, sus mareas, la ternura de la dádiva o el espanto del vacío? Y estar aquí ante otra noche, insomne, volviéndome a asombrar —como ayer, como siempre— ante el tumulto de imágenes que se precipitan, recordando un pasado cada día más presente por razones de esclerosis, de tiempo reversible. ¿1994? ¿1949? ¿1494? ¿Para qué este desfile de tiempos? ¿Cuánto esfuerzo inútil si al final solo quedan los rostros abatidos en el hueco innombrable de las horas, el

sacrificio del instante a un tiempo que para mí ya está siendo espera! No valen treguas ni promesas. Ya no soy la niña que se contentaba con un cuento a la hora de dormir. Ya apenas duermo. Ya casi nunca duermo aquí, en este espacio letal que tú rompes y desdoblas. Me recuerdo caminando por los bosques, bajo la niebla, más allá de los campos y maizales, entre los helechos y las zarzas. Sola, empujada por el viento, la lluvia amarga perforando incansable las horas. Sola allí, sin saber. Sola aquí también, queriendo saber. Grito para arrancarle al silencio su mordaza, pero nadie me responde. Por eso me revuelvo furiosa e intento desatar estos correaes, ataduras que anulan mi protesta. Y entonces solo el vértigo, la marea del recuerdo que me sube a la garganta y me deja así: tendida, inmóvil, muda en mi rincón. Rodeada de objetos extraviados que traspasan los cristales y tiñen de ponzoña el corazón. Dardos. Flechas envenenadas. Me habita la bruma, con su cendal negruzco, deformante. Hay docenas de ojos taladrándonos sin vernos, como la lluvia amarga que un día me enseñó a escupir. Sin proponérmelo, he dado el salto y de pronto estoy del otro lado y susurrando. ¡Qué horror! ¡Un cortinón de terciopelo gris junto a las malvalocas! ¿Cuántos años inmovilizada flotando en este vértigo de sucesiones? ¿Dónde los rostros, tu voz, mis manos? ¿Cómo te llamas tú? No te reconozco. No te quiero cuando te alejas dejándome por prenda el hedor del hueco. Un nombre solo. Una palabra escrita en cualquier parte. Me basta un garabato arañando cajones y paredes para salvar tantas memorias rotas. Enumerar sus formas. Matizar sus tonos. Contar. Entrar en el corro del que no se sale. Otra vez el círculo, el círculo por todas partes, un aro del

que nadie puede escapar. Ya sé: eres la que aprieta, la que a todas las criaturas destroza y arrasa. Eres tú, la muerte brava enviando recado, la que pronto me quitará los ojos. Oigo lejana aún tu chirimía, un muy triste cantar y un bullicio de voces dolorosas y gemidos que no entiendo. No pienso leer en tus duros dientes ni abrir mis oídos a esa tu conseja. No quiero tu danza ni tu canto negro. Por más que me apremies, no pienso acudir a tu invitación. Yo no tengo manto de que despojarme, ni flores, ni rosas con las que adornarte. No sé de mis culpas ni de mis pecados, ¿por qué has de llevarme tan atropellada? Gustar tu amargura, ver tu fealdad...

No, no te asustes. No es quien piensas. Soy yo, aquella voz interior que te llamó un día, la misma que te ha ido guiando durante tu vida entera. Ven, no temas. Recordarás las trampas del vivir. ¡Han sido tantas, tantísimas...! ¿Alguna vez has tenido el valor de contarlas? Imposible registrarlas al detalle. Tampoco hace falta. Por lo demás, no es tan difícil, créeme. Basta con bailar al son que nos toquen. Y este de ahora no es muy complicado. Fíjate. Es una danza absurda, sí, como la vida. ¡Anda! No temas.

Está bien.

Pero no te prometo nada.

¡Nada en absoluto!

Habrá memoria, nostalgia, emociones, rabia, imágenes, ensueños, conjeturas, divagaciones, recuerdos inventados, delirios...